



DONALD JAMES

Monstrum

Rusia, principios del siglo XXI. Una cruenta guerra civil ha dado paso a una paz vigilada. Desde la recóndita ciudad de Murmansk, el inspector de policía Constantin Vadim es trasladado a Moscú para resolver una serie de crímenes cometidos por Monstrum, el protagonista de una terrible leyenda local. Lo sorprendente es que Vadim no ha investigado jamás un caso de homicidio. ¿Por qué entonces le han asignado a él tan comprometida misión? ¿Tendrá algo que ver su asombroso parecido con el nuevo vicepresidente Koba?

Vadim acabará descubriendo que cuanto más se acerca a Monstrum menos antagónicos se muestran los dos extremos de la sociedad rusa –la elitista y la de bajos fondos– y que ambos están amenazando con destruir la frágil democracia instaurada en el país.

Monstrum es una novela asombrosa y visionaria, una historia de múltiples facetas en la que la relevancia de los ecos históricos y contemporáneos la convierten en un gran *thriller* político y policial. Ha sido, además, considerada por la crítica como una de las novelas más apasionantes de los últimos tiempos.

No existe algo así como un viento favorable para un hombre que no sabe a dónde va.

Séneca (4 a.J.C.-65 d.J.C.)

Monstrum. Después del tercer asesinato, el nombre estaba en cada grito de alarma, en cada toque de silbato de un policía, en cada voz de mujer en un distrito de Moscú en el que siempre había habido muchas voces y muchos gritos. A la semana del tercer asesinato empezaba a surgir una especie de culto de adoración: la palabra aparecía escrita con detenimiento en las paredes, bordada en la espalda de las chaquetas de los jóvenes que se creían los amos de la calle; en discotecas improvisadas en sótanos, chicas temerarias llevaban camisetas con las manos pintadas del Monstrum sobre los pechos.

Pero, en las calles, todas las mujeres son iguales. De noche, mientras se apresuran a volver a sus casas, ya no piensan en atracadores que les puedan robar el bolso. Hay una nueva palabra –Monstrum– en el vocabulario de su terror. Como una inmensa ola de agua infectada, la palabra golpea contra las infraviviendas de Presnya la Roja, empapando con sus ecos las vidas de los moradores de los oscuros callejones y de los bloques de apartamentos en ruinas, y deja tras de sí un rastro de miedo.

Todo esto ocurría en Moscú en el año 2015, el año que los rusos creían que marcaría el renacer de su patria.

CAPÍTULO 1

Ya hemos empezado el descenso hacia el aeropuerto de Moscú. Si miro por la ventanilla del vuelo oficial 120, a través de una abertura entre las nubes veo el río Moskva serpenteando hacia la ciudad. Incluso desde esta altura se aprecia la destrucción. Los distritos en los que las fuerzas anarquistas se hicieron fuertes están prácticamente destruidos por los bombardeos. En el resto de la ciudad todo parece normal.

Descendemos rápidamente. Veo una gran carretera y vías de tren que avanzan paralelas. Al inclinarse el avión para virar, veo el largo lago y un suburbio que debe ser Chimki-Chovrino. Tengo un mapa abierto sobre las rodillas. Muevo los ojos constantemente del mapa al mosaico que se ve por la ventanilla, y otra vez al mapa, intentando reconocer algún lugar en vano.

Mi comportamiento resulta provinciano, pero es que soy de provincias. ¿De dónde? De la ciudad de Murmansk. Habréis oído hablar de Murmansk, ¿no? Está en el golfo de Kola, en el remoto norte. Ésta es la primera vez que vengo a Moscú.

Cuando la nube se hace más densa dejo de ver la ciudad. El cristal me devuelve la imagen de mi cara y yo la examino con el gesto de intensa sorpresa con el que un pájaro ladearía la cabeza al verse reflejado en un espejo. Inclino la cabeza hacia un lado, después hacia el otro. Cuando la azafata pasa a mi lado hago como si estuviera jugando con el cinturón de seguridad.

Creedme, hermanos, no siempre tuve este aspecto. Hoy me veis aquí, con mi nueva nariz, más recta, el labio superior algo más carnoso y arrugas prematuras alrededor de los ojos. Quizá os preguntéis, como lo haría Julia Petrovna, que conoce mi vanidad como sólo puede conocerla una exmujer, por qué iba a querer añadirle unos años a los treinta y tantos que me ha dado Dios. Aunque no sea lo más apropiado para alguien que aspira a ser el héroe de este relato, tengo que responderos que realmente no tuve elección.

Pero, a ojos de Julia, el nuevo aspecto de mi mandíbula, menos pronunciada, me hace parecer más amable. Eso dijo. Y quisiera creer que su comentario estaba concebido sin ironía, por decirlo de alguna manera. Pero, claro, tratándose de Julia nunca se puede estar seguro.

Ahora estamos virando sobre el lago que hay en Chimi. Dentro de diez minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Moscú-Tushino. Los demás agentes de policía que viajan a la capital creen que soy exactamente quien parece ser: el eminente inspector de homicidios Constantin Vadim –yo, que no he investigado un homicidio en toda mi vida–, que acaba de ser destinado al Distrito Trece de Moscú. Un inspector de homicidios hábil y perspicaz, o al menos eso deducirán mis colegas de mi ascenso. Yo, claro está, sé que no es así.

Y, muy pronto, también lo sabréis vosotros.

Pero para ofrecer os la cronología completa de mí declive es necesario que retrocedamos casi tres meses en el tiempo y que viajemos hasta mi apartamento de Murmansk, donde estaba la histórica tarde del 1 de septiembre del año 2015.

Al oír los insistentes golpes en mi puerta salí de la ducha y me cubrí con una toalla. Este año tenemos calefacción. En septiembre, en Murmansk hace falta calefacción. Abrí la

puerta anticipando la ráfaga de aire frío que entraría del descansillo. Dicen que, en septiembre, sólo hace más frío en Norilsk.

—Ésta va de mi cuenta —dijo jadeando el contrabandista.

Estaba apoyado sobre una caja de champán, recuperando el aliento después de subir la escalera de piedra que llevaba a mi apartamento. No podía verle la cara, pero sabía que era Vasikin por la franja de pelo negro que le rodeaba el cráneo amarillento. A su lado había un niño pequeño, de unos seis o siete años, con una parka azul demasiado grande.

Vasikin levantó la cabeza.

—Todo lo bueno se acaba —dijo empujando hacia mí la caja con el pie.

—¿Qué significa todo esto, Vasikin? ¿Qué es lo que se ha acabado?

—¿Es que todavía no se ha enterado, inspector? —dijo sonriendo como un espectro—. Acaban de anunciar que Moscú se ha rendido al Ejército Nacional hace una hora. Los anarquistas se han rendido en todos los frentes. Hemos ganado la guerra, inspector.

—¿Ha caído Moscú? ¿El Frente Popular ha capitulado?

—Han ganado los buenos —dijo el niño.

Vasikin se frotó la calva y se permitió esbozar otra sonrisa fantasmal.

—Le traigo champán para celebrar la paz. ¡Esperemos que sea tan buena para los negocios como la guerra! —añadió piadosamente.

Los dos me observaron sin moverse mientras yo cogía la caja de champán y la ponía encima de la mesa del recibidor. Vasikin es alto, desgarrado, y tiene forma de pera. La ropa que lleva parece haber sido elegida cuidadosamente entre las prendas desechadas por algún occidental rico. Lleva un viejo traje azul a rayas y una corbata amarilla

estampada con cabezas de caballo. Con su triste mirada, parece un dandi andrajoso.

—¿Qué va a hacer ahora que ha llegado la paz, Vasikin? ¿Volverá a Petersburgo?

—Mi hijo prefiere que nos quedemos en Murmansk.

El niño tenía los grandes ojos marrones de su padre. Asintió con un movimiento de cabeza, confirmando sus palabras.

—¿Es su hijo el que decide en la familia?

—La familia somos sólo nosotros dos.

—¿Por qué crees que han ganado los buenos? —le pregunté al niño.

—Porque tenemos amor por Rusia en nuestros corazones —me contestó sin dudar—. Y amor por la justicia.

Miré a Vasikin y él se encogió de hombros.

—¿Crees que los del Frente Popular no tienen amor en sus corazones?

A su edad, no hay dudas a las que enfrentarse.

—Los anarquistas y los marxistas sólo sienten amor por sí mismos —afirmó el niño con autoridad.

No le ofrecí una copa a Vasikin. Eso habría roto el delicado equilibrio que regía nuestra relación. Todos los inspectores de la comisaría del Distrito Siete de Murmansk saben cómo funcionan las cosas: se aceptan regalos de Vasikin y, a cambio, se hace la vista gorda sobre su abarrotado almacén. Pero nunca se le invita a sentarse a tu mesa.

Cerré la puerta y me quedé mirando el champán. Desde luego, el final de la guerra no me cogía por sorpresa. La alianza marxista-anarquista, que luchaba bajo el nombre de Frente Popular, llevaba tiempo retrocediendo en los principales frentes de batalla. Y, ahora, la larga guerra civil por fin había terminado. Nuestro ejército, el Ejército Nacional, más exactamente el Ejército de la Democracia Nacional, con su bandera blanca con un águila negra de dos cabezas, había vencido. El profesor Piotr-Pavel Roma-

nov y el general Leonid Koba por fin habían conseguido la victoria.

Como todas las victorias, el precio a pagar era muy alto. Daba la sensación de que la mitad de la superficie de Rusia había retrocedido mil años en el tiempo. En aquellos lugares donde las fuerzas del Frente Popular acababan de ser derrotadas quedaba un vacío de poder que nuestros ejércitos blancos tardarían tiempo en ocupar. Había que acabar con los señores de la guerra que dominaban las marismas y los bosques antes de poder empezar la reconstrucción. Pero al menos Moscú había caído. Ya sólo era cuestión de tiempo que el presidente de Estados Unidos reconociera el nuevo gobierno del partido de la Democracia Nacional de Rusia.

Los buenos ciudadanos de Murmansk celebrarían su buena fortuna. El pueblo de Murmansk había apoyado al partido de la Democracia Nacional desde el principio de la guerra, hace cinco años. Al contrario que tantos otros a lo largo y ancho de Rusia, nuestro sufrimiento había sido escaso. Y ese día había llegado la victoria. Aunque, en mi caso, una profunda sombra oscurecía esta victoria.

Llevé la caja de champán a la cocina, saqué dos botellas, abrí la ventana y las dejé sobre la comisa para que se enfriaran. Me quedé unos instantes mirando cómo se ponía el pálido sol sobre los tejados de los bajos edificios de la década de los ochenta que tapaban el golfo de Kola. El aire frío me acariciaba el pecho. En un mes, el sol desaparecería con el otoño. Cuatro meses de noche ártica. Temperaturas tan bajas que era necesario encender braseros en las paradas de autobús para que los trabajadores no murieran congelados mientras esperaban haciendo cola. Pero había paz.

Al empezar la guerra, yo tenía una mujer a la que amaba, aunque nuestras ideas fueran diferentes. Cinco años después, eran mis ideas las que habían vencido. Pero era Julia quien se había hecho famosa, era ella quien se había

convertido en una importante general, en una hábil líder de una división formada exclusivamente por mujeres. ¿Cómo no iba a hacerse famosa? Durante la guerra, los medios de comunicación occidentales habían narrado sus hazañas. El *New York Times* le había dedicado una serie completa de artículos y yo mismo había oído el monográfico dedicado a la hermosa general anarquista rusa en la emisión para Europa oriental de la BBC.

Pero ¿dónde estaría Julia ahora? ¿Escondiéndose en los bosques de abedules de las afueras de Petersburgo? ¿O sería un alma más en la inagotable marea de prisioneros que se amontonaban detrás de las alambradas de espino? ¿O estaría muerta? Tumbada, Dios quiera que no, debajo de un montículo de nieve azotado por el viento, en cualquiera de los escenarios de batallas en los que habían caído fuerzas anarquistas entre Petersburgo y Murmansk.

CAPÍTULO 2

Murmansk en fiestas. La idea le habría hecho reír a Julia. Pero seguro que se habría parado, como lo hice yo, a mirar cómo bailaban el *jitterbug* en la plaza de Koba. El jazz americano de mediados del siglo XX estaba de moda. Vi a unas niñas pequeñas vestidas con zapatillas de *ballet* y enaguas cosidas por sus madres. Después me fijé en una chica alta y fuerte que bailaba voluntariosamente con su pareja. La chica llevaba una minifalda y zapatos de tacón. Con un ritmo y un estilo magníficos, luchaba con su pareja, hasta que consiguió que fuera él quien la siguiera a ella.

Tengo treinta y ocho años; se supone que soy demasiado joven para sentirme nostálgico. Aunque a veces pienso que los rusos ya nacemos sintiendo nostalgia. Somos como los irlandeses; estamos obsesionados con nuestro pasado. Y puede que también nos parezcamos a los irlandeses en alguna otra cosa. Sea como sea, ahí de pie, en un lado de la plaza, mirando cómo bailaban los estudiantes, me sentí conmovido. Me recordó mi juventud, que, en vez de durar años, parecía haber transcurrido en unas pocas horas.

De vez en cuando, los silbidos acallaban a la banda de música, y el ruido de los timbales anunciaba la llegada de otra columna nacional victoriosa. Entonces, los bailarines se hacían a un lado y empezaba a oírse un lento aplauso que crecía hasta convertirse en un tremendo vitoreo cuando un nuevo regimiento de infantería desfilaba a través de

la plaza, con sus uniformes raídos, detrás de las inmensas banderas blancas con las águilas negras de dos cabezas de la vieja Rusia.

Y, entonces, los músicos de *jazz* entonaban la *Rodina*, nuestro himno nacional, y el gentío cantaba y lloraba de alegría porque la guerra por fin había acabado y Rusia estaba surgiendo de su larga agonía.

¿Por qué no confesar que yo también lloré? Tenía razones de sobra para llorar. Si una ciudad puede hacerlo, Murmansk lloraba de alegría. Habían levantado el toque de queda y las calles estaban inundadas de civiles y soldados celebrando la paz. Había caballos por todas partes: en cines, en salas de reuniones y hasta en los pasillos del piso bajo de algunos bloques de apartamentos. Puede que la nuestra fuera una guerra del siglo XXI, pero cuando se acabó el combustible fueron los caballos los que la ganaron; una guerra muy rusa.

Crucé la plaza y fui hacia el edificio que ahora se conoce como el número uno de la calle Pushkin. Es la sede de la Ojrana, nuestra policía secreta. Aquellos de vosotros que reconozcáis en el nombre una evocación de los tiempos de los zares podéis interpretarla como un ejemplo más de la necesidad que tienen los rusos de mantenerse cerca de su historia. Es más, aunque el gobierno haya recuperado el nombre del viejo servicio secreto de la policía zarista, la gente insiste en llamarla Cheka, que es como se llamaba el primer servicio secreto soviético.

Parece ser que los rusos insistimos en devorar nuestra historia de un solo e indigesto mordisco. Algún día, pronto, tendremos que aprender a ser más selectivos con aquello que queremos preservar de nuestro pasado. Mientras tanto, la Ojrana, o la Cheka, da las mejores fiestas de la ciudad. A mí me ha invitado Katya.

Aunque, de hecho, nunca he llegado a acostarme con Katya Rolkin, en muchas de estas fiestas la distinción ha sido tan sutil que describir nuestros encuentros con detalle

resultaría pornográfico. Por lo general, el problema suele ser la ubicuidad de su marido. Roi es comandante de la Cheka, lo que explica las precauciones que suelo adoptar cuando estoy con su mujer. Fuimos juntos a la escuela primaria, Roi y Katya, Julia y yo. Durante los últimos días de la Unión Soviética, todos nos hicimos «pioneros» juntos. Los cuatro fuimos inseparables hasta bien entrada la adolescencia.

Vi a Katya hablando con dos desconocidos de mediana edad en el otro extremo del salón. Tenía una copa en la mano derecha y la espalda apoyada contra una talla de la Virgen con el Niño. ¿He mencionado ya que este edificio antes era un convento? Los ojos de Katya se movían ágilmente por todo el salón. No tengo la menor duda de que yo tan sólo era uno entre al menos media docena de candidatos; hasta puede que ya hubiera estado con alguno de ellos. En cualquier caso, parecía contenta de verme. Se despidió de los dos hombres, se abrió paso con el hombro entre los invitados y se acercó a mí pavoneándose con un suave balanceo de las caderas.

—¿Qué te parece?

—¿El vestido?

Katya me sacó la lengua.

—Constantin. —Se acercó aún más, sujetando la copa de champán con el brazo extendido—. ¡Hace meses que no te veo!

La besé peligrosamente cerca de la boca y noté que su lengua me acariciaba la mejilla.

—¿Tan ocupado te han tenido tus ladrones que no has podido dedicarle ni una sola hora a alguien decente? ¿No se suponía que éramos amigos? ¡Vaya noche! ¿Has visto cuánta gente hay en la calle? Están como locos —dijo y guardó silencio un par de segundos—. Ojalá pudiera verlo Julia.

—Si estuviera en Murmansk, Julia no estaría aquí arriba bebiendo champán —dije yo—. Estaría abajo, en uno de los

calabozos de los sótanos.

Katya soltó una carcajada. Después se quedó callada.

–Eso no tiene gracia –dijo–. No hay que bromear con esas cosas, Costya.

–No estaba bromeando.

–Venga, acércame otra copa. Sabes perfectamente lo que quiero decir –continuó diciendo mientras yo extendía el brazo para coger una de las copas que llenaban la mesa que tenía a mi lado–. Si Julia hubiera visto las cosas como las veíamos nosotros, como las vemos nosotros... –Volvió a guardar silencio y me miró fijamente. Ya estaba bastante borracha–. ¿Entiendes lo que quiero decir?

–No.

–¿Por qué tendría que ver las cosas de otra manera, Costya? ¿Qué es lo que hizo de ella una anarquista, en vez de una nacionalista, como el resto de nosotros?

Cuántas veces me había hecho esa misma pregunta. Pero no era algo que quisiera discutir con Katya. Ni tampoco algo que ella estuviera muy interesada en discutir conmigo.

–Se rumorea que Leonid Koba está teniendo un idilio con la hija del presidente Romanov. La hija casada dijo Katya moviendo las caderas hacia delante y hacia atrás.

Realmente podía cambiar de tema con la misma facilidad que el diafragma de una cámara de fotos.

–No creo que su marido se atreva a decir nada –dije.

Puede que Romanov fuera el presidente de la nueva república pero, después de todo, Leonid Koba era el jefe de la Cheka.

–Hay, picaruelo –dijo ella–. ¿Por eso no has aprovechado nunca las oportunidades que te he brindado sin ningún pudor? ¿Porque Roi es comandante de la Cheka?

–Y porque es un viejo, viejo amigo –contesté con una sonrisa que ella sabía que no era sincera–. Por cierto, no le he visto por la fiesta –dije buscando su corpulenta figura,

siempre uniformada, por encima de las cabezas de los invitados.

–Vendrá más tarde –dijo Katya–. Tenía la esperanza de que tú llegaras antes que él.

–Y eso, ¿por qué?

–Tengo algo que quiero enseñarte. Algo sobre lo que me gustaría saber tu opinión.

–¿Me llevo la copa?

Se puso de puntillas y echó una rápida ojeada por el salón; una comprobación de última hora.

–No está –dije–. Ya he mirado por todas partes.

Ella puso los ojos en blanco.

–Tráete una botella entera.

Unos minutos después estábamos pegados el uno al otro en un almacén del piso de arriba, enroscando y agitando las lenguas como en el mítico apareamiento de las serpientes. Suspiramos, con el aire silbando entre nuestros dientes, los vasos cayeron ruidosamente contra el suelo y la ayudé a despojarse de sus sedosas prendas íntimas.

–Dios mío, Constantin... Costya... Haces que una mujer se olvide de todo.

Excepto de su marido. Los dos oímos la voz de Roi Rolkin llamándola desde la escalera. Está claro que Katya y yo no estamos destinados a ser amantes, ni tan siquiera a saciar plenamente nuestro deseo una sola vez.

Ella estaba acostumbrada a moverse con rapidez en estas circunstancias y, a los pocos segundos, ya estaba fuera del oscuro almacén. Yo esperé cinco minutos, fumándome un cigarrillo mientras observaba a la gente que iba y venía en el patio de abajo, antes de bajar las escaleras e incorporarme discretamente, o al menos eso creía, al resto de los invitados de la Cheka.

La carnosa mano de Roi Rolkin me cogió del codo.

–Deja que te traiga una copa, Constantin –me dijo–. Quiero hablar contigo.